

## Revista de revistas

*Iniciando esta sección publicamos dos reseñas de dos extraordinarios. Uno sobre un número poco reciente, el dedicado a Hawksmoor en A. D. en 1979, que conserva, sin embargo, el interés, y que glosa María Teresa Muñoz.*

*Otro aparecido hace poco (aun cuando la fecha impresa engañe: invierno-primavera 1979), es el *Oppositions 15-16* dedicado a Le Corbusier, primero de los dos números que piensan editar. Lo comenta, en este caso, Juan Antonio Cortés.*

Nicholas Hawksmoor;  
el acierto de una  
monografía

*(Hawksmoor's Christ Church  
Spitafields. Architectural De-  
sign, vol. 49, n.º 7, 1979)*

LA pérdida de fronteras, en el espacio y en el tiempo, característica del pensamiento arquitectónico actual, ha llevado a las publicaciones sobre arquitectura a invadir el campo de la historia con la misma naturalidad que el de las pro-

ducciones recientes y, lo que es más importante, a servirse de la historia para construir un entramado de relaciones que sustenten eventuales grupos o tendencias. Parece como si ya nada importara la edad de una obra, su situación particular ni su uso, sino únicamente aquellos conceptos o ideas que pueden ser extraídos de ella y, al compararse con otros o generalizarse, pasar a ser sugerencias arquitectónicas utilizables. La permeabilidad entre unas arquitecturas y otras, entre

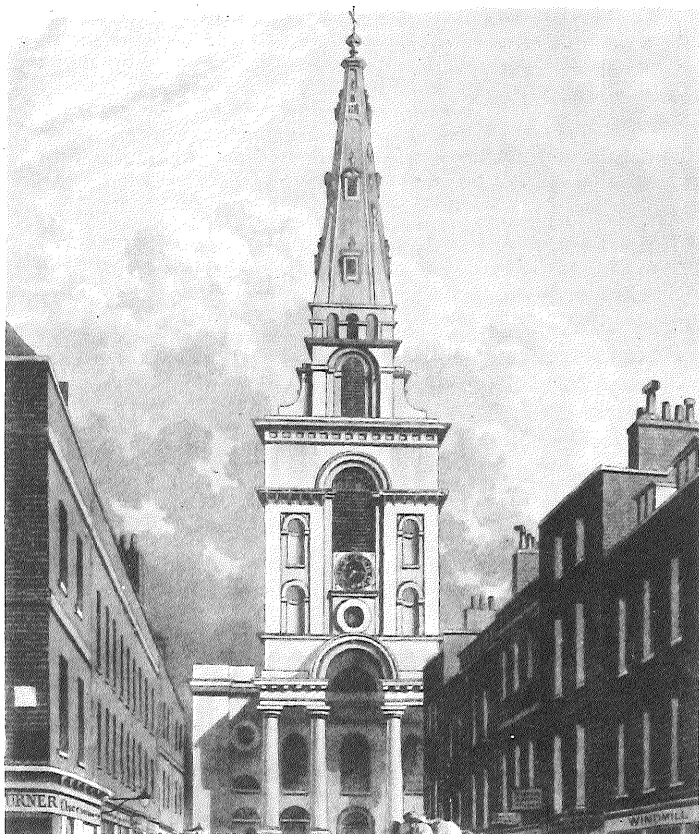
los edificios históricos y las construcciones actuales, se supone un hecho desde el momento en que, tanto en uno como en otro caso, se tratan de ver, más allá de su apariencia concreta, una serie de categorías que se entienden como universales. Esta situación tiene, seguramente, uno de sus precedentes más claros en el asalto que hace Colin Rowe a la arquitectura clásica —palladiana, manierista, neoclásica— desde la arquitectura moderna, estableciendo analogías compositivas entre obras tan distantes como la Villa Malcontenta de Palladio y la Villa en Garches de Le Corbusier.

La extrapolación de este tipo de enfoque, que dilata al máximo la distancia entre las obras comentadas, unida a un acuerdo generalizado en cuanto a la inevitabilidad de la historia como apoyo de cualquier reflexión crítica sobre arquitectura, hace que incluso en aquellas publicaciones cuya estructura es en sí misma fragmentaria y su contenido limitado se recurra cada vez más a construir ciertos grupos o líneas de semejanza que engloban a arquitecturas o arquitectos diferentes, tratando con ello de preparar al lector para ver una unidad de objetivos o de formas la mayoría de las veces tan poco convincente como la de Schinkel-Johnson-Stirling presentada no hace mucho por Geoffrey Broadbent en la revista «Architectural Design» (agosto 1979). Sin embargo, bastante perdidos dentro de esta tendencia general, aparecen algunos intentos de convertir a un solo edificio en el centro y el soporte de todo el interés, casi siempre permitiendo a las publicaciones tomarse un respiro entre los números más ambiciosos tanto en su inten-

ción como en su contenido. Este sería el caso de la extensa discusión presentada en el *Progressive Architecture* (febrero 1977) en torno a la Casa VI de Peter Eisenman, del número de «Architectural Design» (febrero 1979) dedicado al Sainsbury Center de Foster Associated, y también del «Architectural Design» (julio 1979) que se ocupa de la Christ Church Spitafields, del arquitecto Nicholas Hawksmoor.

En todos estos intentos, ya resulta un valor apreciable el simple hecho de que exista una justa correspondencia entre la intención monográfica y la exhaustiva presentación gráfica de las obras tratadas, el cuidado puesto en sumergir al lector dentro del ambiente propio de dichas obras evitando todo aquello que, por ser ajeno, pueda estorbarle. Queremos, sin embargo, llamar la atención particularmente sobre el caso de la Christ Church de Hawksmoor porque, si bien falta aquí la actualidad que podría sustentar por sí mismos los otros dos intentos, es quizá donde se pone más de manifiesto el valor que para la crítica arquitectónica tiene lo contingente, la circunstancialidad de una obra, mucho más que su condición de categoría puramente relacional y permanente.

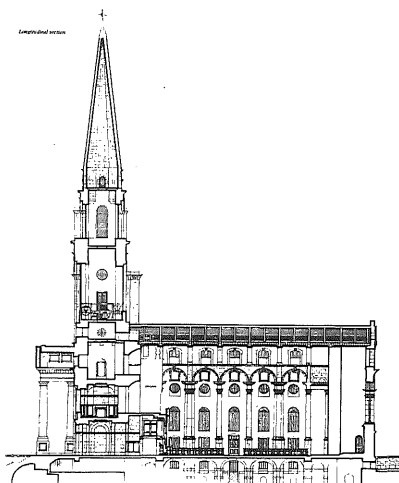
En primer lugar, habría que destacar cómo la sectorización y la brevedad de los artículos presentados por A. D. —que rara vez sobrepasan una página— contribuye decisivamente a hacer digerible y ágil lo que de otro modo no habría sido sino la réplica, por ejemplo, de uno de los capítulos que Summerson dedica a la arquitectura inglesa del siglo XVIII. Y, en segundo lugar, que son la ausencia de prejuicios y el compromiso



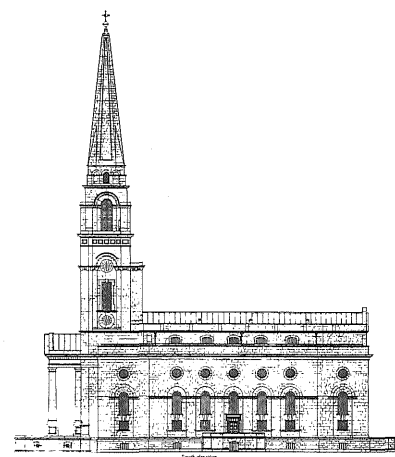
Portada de la revista.

con la tradición tan propios del pueblo inglés los que permiten a una revista de actualidad incluir en sus páginas consideraciones sobre el marco litúrgico y eclesiástico de la época, sobre el órgano o los dos pequeños monumentos que existen en el interior de la Christ Church, que podrían fácilmente haber sido desechados como anacronismos. Porque, cuando se explican tan minuciosamente las circunstancias en que se produce un encargo de arquitectura, que vienen dictadas desde una determinada situación histórica y la posición personal del arquitecto en ella, empezamos a entender como algo más que una mera anécdota o innecesaria erudición todo ese cúmulo de vicisitudes que rodean, de un modo inseparable, a la propia obra de arquitectura.

Gavin Stamp, en la introducción, y sobre todo R. A. Gebbard tratan la Christ

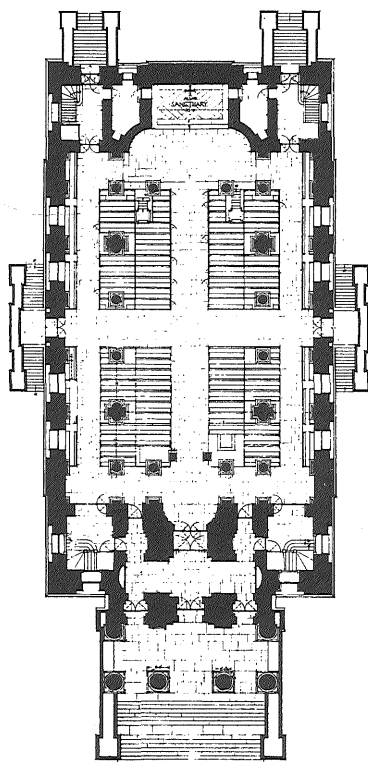
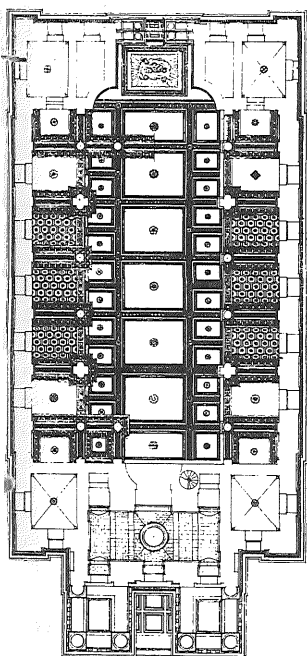


Sección longitudinal



Alzado

Plantas



Church como uno de los productos de la empresa llevada a cabo durante el reinado de la reina Ana en cuanto a la construcción de nuevas iglesias en Londres, empresa que se inicia con la publicación en el año 1711 de la «Fifty New Churches Act». Este documento, elaborado tras largas discusiones parlamentarias, contenía decisiones relativas a la elección de los lugares de emplazamiento de los edificios, las fuentes de financiación, y también a los arquitectos encargados de realizarlos. Además, el documento contenía prescripciones sobre el diseño mismo de las iglesias que de ninguna manera podrían considerarse superfluas a la hora de examinar los resultados finales, y concretamente el resultado final de la Christ Church. Es cierto que la situación concreta del barroco inglés del siglo XVIII, la influencia de su maestro Sir John Vanbrugh y la capacitación de Nicholas Hawksmoor para recibir encargos oficiales eran decisivas. Pero no menos lo eran las condiciones establecidas en la «Fifty New Churches Act» en cuanto a que debía usarse como base de todas las iglesias un mismo modelo, que deberían ubicarse en solares-isla que permitieran edificios exentos, que la construcción debía realizarse en piedra u otros materiales naturales, que deberían ser edificios destacados por su tratamiento exterior, con torres o campanarios, e interiormente adaptados a las necesidades de la liturgia anglicana. En este sentido, tanto Stamp como Gebbard nos presentan las peculiaridades del encargo y del propio arquitecto como entretejadas, adheridas a la obra hasta el punto de sostener y al mismo tiempo acentuar su misma circunstancialidad.

Por otra parte, resulta interesante la manera en que Kerry Downes se refiere a uno de los aspectos compositivos más sobresalientes de la Christ Church, aspecto que ya ha sido comentado extensamente en otros casos como El Redentor de Palladio o San Pedro de Miguel Angel, esto es, la presencia simultánea de un esquema basilical y una organización central en la planta del edificio. Pero lo que Downes nos hace ver aquí no es sólo la evidencia de una estructura compartida con otras iglesias anteriores, sino que nos explica la obra de Hawksmoor como un diseño evolutivo en el que, concretamente, la irrupción de la centralidad en la planta basilical original es algo incluso temporalmente posterior al comienzo de la construcción del edificio. Tal circunstancia que revelan inequívocamente los propios dibujos del arquitecto que se conservan en el Museo Británico, habría impedido introducir adaptaciones en los elementos ya construidos, reservando casi exclusivamente las modificaciones a aquellos que iban a definir el cuadrado central.

Limitándose a convertir en pilares con medias columnas adosadas los cuatro soportes centrales de la iglesia, Hawksmoor transforma completamente el esquema basilical y, al romper su homogeneidad, logra una serie de efectos encadenados. Aparece un eje transversal situado en la mitad de la nave; deja de haber una correspondencia entre los intercolumnios interiores y la posición de las ventanas, ahora descentradas; la mayor robustez de los pilares centrales introduce variaciones dimensionales en los arcos que separan la nave central de las naves laterales; el arco central, el de

## Revista de revistas

mayor tamaño, no se apoya en los grandes pilares, sino en columnas simples. Por otra parte, en lugar de modificar las aberturas exteriores —las seis ventanas regularmente espaciadas que aparecen en las fachadas laterales— Hawksmoor añade simplemente dos escaleras en el centro de cada una de estas fachadas, con objeto de marcar el eje transversal de la iglesia. En el interior, el eje se refuerza sin más que dejar una banda central libre de asientos.

Kerry Downes se refiere también a la incorporación sucesiva a la iglesia de una serie de elementos inexistentes en el diseño inicial, es decir, a una especie de trabajo progresivo mediante el cual el arquitecto define la forma final de la obra. Piezas tan destacadas como el pórtico, el campanario y los remates cóncavos del mis-

mo hacia las fachadas laterales fueron añadidos casi dos décadas después de construido el volumen principal de la iglesia. Este «work in progress» en que parece haberse apoyado la Christ Church permite explicar, como afirma el propio Downes, la capacidad del edificio para admitir ciertas intervenciones de matiz goticista que se realizaron en ella a lo largo del siglo XIX. Pero, además, explica también en gran medida el atractivo que para el arquitecto contemporáneo puede tener la iglesia de Hawksmoor, por su cualidad de siempre inacabada y en la que la masividad de la arquitectura romana coexiste con motivos góticos dentro de un cuerpo único y sí acabado como construcción.

Las consideraciones de R. W. Chitham a propósito de

la Christ Church tienen el interés de estar apoyadas en un trabajo exhaustivamente documentado, casi sobre la certeza histórica. Sus intenciones de recrear, en ciertos casos, el diseño original de Hawksmoor, de valorar en otros el efecto acumulativo de las alteraciones sufridas durante más de dos siglos, e incluso de utilizar medios adicionales para una mejor adecuación de la iglesia a su uso actual como sala de conciertos o un mejor acondicionamiento climático, hacen del breve escrito de Chitham una pieza importante que contrasta con las actitudes más maximalistas —conservacionistas o iconoclastas— en el siempre difícil problema de la restauración de edificios históricos.

La excelente documentación gráfica presentada, tanto de dibujos originales como de planos y fotogra-

fías con pies explicativos particularmente afortunados, así como la inclusión como cierre de un «Postscript» del actual rector de la iglesia, son otras tantas razones para apreciar la calidad y el acierto de una empresa que nos gustaría ver más frecuentemente repetida. Y no es únicamente por el interés que tanto para el crítico como para el arquitecto pueda tener siempre un buen edificio, actual o histórico, en este caso la iglesia de Hawksmoor, sino sobre todo porque de la historia lo que más nos atrae no son las categorías o conceptos universales, sino más bien la forma misma en que éstos se presentan en unas circunstancias determinadas, en una obra concreta de arquitectura.

*María Teresa Muñoz*